Dios en la educación

Nelson C. García, S. J.

"¿A qué valores queréis que nos aferremos cuando todo ante nuestros ojos se transforma, se disgrega o se corrompe? Nosotros somos nuevos en un mundo nuevo. ¿Por qué continuar creyendo o fingiendo creer, lo que es peor en los viejos valores, cuando llegamos justamente a punto precisamente para levantar el acta de quiebra?... ¿No comprendéis que el desquiciamiento es total? Todo está por forjar de nuevo." (1)

Esta es la crisis que sufren los jóvenes de hoy.

Ellos están viviendo una era de justicia y libertad que detesta el paternalismo experimentado a través de los años. Palpan y viven cómo la tradición no se acopla a los problemas y necesidades que experimentan y consecuentemente se provoca una postura crítica y de lucha, capaz de encararse con la solución necesaria que exige una adaptación viva y actual. Desconfían de los mayores y de la autoridad porque han recibido una enseñanza dogmática y con matices de misticismo, ocultándoles muchos problemas. Poseen una fe impuesta y no libre, con una actitud egocéntrica e individualista y menos cristiana. Llevan grabado en sus almas a un Dios lejano y no han captado su acción en la historia de la salvación a través de la revelación cósmica y divina. Gravita el posible castigo y el miedo, impidiendo la entrega radiante al servicio de Dios.

El educando necesita dar a su vida una orientación trascendental con una conciencia y decisión tal que libremente imprima en su alma un cristianismo que madure su adolescencia y proyecte con claridad una meta humano-divina a su adultez. Es encontrarse él mismo ante Dios y la sociedad: llenar su puesto en la teología de la historia. Estos no son más que fines de la educación.

Cocreación

Educar es completar ese proceso biológico comenzado en la creación y continuado progresivamente hasta las formas más elevadas a las que llegará la naturaleza humana. Con la educación se completa la acción de Dios en esa criatura puesta providencialmente en las manos del educador para llevarla a una meta humano-divina. Sus potencias, creadas por Dios como participación, esperan desarrollarse para lanzarse a la conquista espacial de la Vida. De aquí la gran responsabilidad del educador al ser colaborador inmediato de Dios en la obra de la creación.

El educador, al completar la creación, está buscando perfeccionar al hombre con una lenta convergencia de todos sus valores a un supremo valor humano cuyo fin es la Vida. Así el hombre podrá cumplir su unanimidad humana y satisfacer su función terrena hallando el último fin.

Ambiente y relación

En el ambiente humano de la educación tiene que existir un **clima propicio de afectividad amorosa** que psicológicamente conlleve la aceptación humana del educador y su mensaje. En la convivencia necesaria de maestros y discípulos, padres e hijos, se provocará la compenetración y simpatía imprescindibles para ese ambiente agradable. De lo contrario, toda labor positiva se haría estéril porque hay una repulsión a la persona y al mensaje. Algunas veces se corre el riesgo de una decepción por parte del educando al no encontrar en el educador todo lo que busca o la encarnación de ese mensaje que predica; por esto creo que la persona del educador exige una vocación extraordinaria con una pureza de ideales y un gran equilibrio psicológico en su madurez, porque inconscientemente el educador lo que trata de hacer es crear en los educandos sus propios ideales y vida.

El educador tiene que poseer **una riqueza y profundidad humana** capaz de atraer con su propio carácter la simpatía y la amistad. Ese valor humano se manifestará en la **sinceridad**, que es una encarnación de lo que predica y exige, es actuar de acuerdo a sus propias ideas, siendo tan exigente con los educandos como consigo mismo; en la **justicia**, una de las virtudes más exigidas por los adolescentes, que reaccionan muy sensiblemente ante los fallos humanos, los cuales no llegan a comprender. Estas deficiencias pueden desprestigiar la labor del educador, provocar desengaños y crear una concepción egoísta del mundo. Es necesaria la concepción pura y humana de la vida que eleve y enriquezca a los que ven abrirse nuevos horizontes.

Esta humana y favorable atmósfera provoca una ambientación y concretización de la presencia divina hasta llegar muchas veces a personificarse en el educador la confianza y seguridad de Dios.

Ahora podemos trabajar en la formación de la libertad y la responsabilidad, que no es más que formación humana, para después hacerlo con la formación intelectual.

Acción humanizante

La **libertad** es una capacidad de autodeterminación con plena conciencia del yo y su destino final,

(1) Testimonio recogido por P. Macaigne en "Le Figaro", 21 de mayo 1960.

capaz de dominar sus fuerzas para dirigirlas rectamente a su plenitud. Esto se consigue por una motivación interior, con lo cual el educando obtiene el recto criterio de crear con sus facultades. El adolescente necesita un ejercicio progresivo de su libertad, sintiendo el educador el dolor de que a veces se use mal. Mientras no se complete la educación, es necesaria la coacción externa, con la oportunidad de ejercitar la libertad cuanto más cerca esté el educando a autodeterminarse. Por eso la disciplina debe ser racional, orientada a la motivación interior y la aceptación racional.

Sin embargo, valorizada la libertad, hay que desterrar el espíritu de liberación porque toda obra responsable y eficaz exige un mínimo de disciplina para conseguir el éxito y evitar el desorden.

La **responsabilidad** es conseguir que los ideales a través de un proceso educativo se vayan realizando progresivamente y los mismos educandos se autocreen ayudados por el educador y realicen su propia personalidad socialmente, proyectando en el futuro la trascendencia de cada hecho realizado. Comprendido y asimilado todo este enriquecimiento humano y su perspectiva, el hombre actuará consecuentemente a estas ideas en cualquier campo donde despliegue su actividad.

La libertad y la responsabilidad son virtudes personales, entregadas misteriosamente por Dios al hombre para que usemos rectamente de ella, y sociales porque estamos perfeccionando al mundo en nosotros mismos y en el Cuerpo Místico.

La acción humanizante se completa con la **enseñanza.** El educador debe enseñar historia, lenguas, ciencias o filosofía informando intelectualmente, consiguiendo una síntesis o perspectiva general hasta provocar la contemplación de ideas y proyectar funcionalmente para el futuro, viviendo y adelantándose a su realización.

El buen profesor no sólo informa de su materia, sino también de la vida y entusiasmo de lo que explica. Debe hacer comprender su explicación, pero tener al mismo tiempo una perspectiva vital y un gran sentido humano.

Así como la libertad y la responsabilidad, esta fase de la educación entra dentro del plan de Dios. Es una creación racional trabajando por una incorporación progresiva a su creador, buscando la unidad en Cristo: "porque Él, y por Él y para Él son todas las cosas" (Rom. 11, 36).

Acción divinizante

La educación, como instrumento humano de la pedagogía divina, también busca perfeccionar al hombre en su formación religiosa.

El educando tiene que hallar a Dios existencialmente. La revelación cósmica de la Biblia y del mundo le da la primera experiencia vivencial antes de pasar a la revelación en la historia. Se sitúa al adolescente como parte de la historia de la salvación en una vista unitaria para que después viva y participe unido a Jesucristo como miembro también de la teología del plan. Esta experiencia es existencial porque es un problema personal.

La primera meta a conseguir es la aceptación libre de Dios y de la fe. El segundo paso al estado de gracia es seguro, ya que se acepta deliberadamente la dependencia y obediencia humilde. La divinización del hombre comienza en esta experiencia existencial por la unión a Dios. Ahora el adolescente querrá comunicar ese Bien y darlo a los demás por medio del apostolado, que no es más que ese mismo amor comunicativo de la Trinidad entre las tres Divinas Personas. El educando ha salido de su egocentrismo. Rompió el "yo" para darse a los otros y hacer iglesia. Esto es verdadero cristianismo.

El adolescente, con su participación humana en la unión consciente al Personal supremo, está consumando su propia personalidad y a su vez recibe la divinización en esa participación.

El educador perfecciona la humanidad sobrenaturalizada en la Encarnación, agregando cuantitativamente al Cuerpo Místico almas que buscan la Unidad y cualitativamente elevando al hombre en su divinización.

Maduración religiosa

Con este proceso de educación hemos situado sólidamente al adolescente en la creación unitaria, humanizado y divinizado. Sabe quién es y a dónde va. Ya puede alcanzar la maduración religiosa. Ahora no necesita ciertos apoyos infantiles para fundamentar su fe y se podrá liberar de soluciones simplistas y subjetivas asimiladas durante su infancia. Estará dispuesto a discernir y valorar la realidad religiosa personal y del ambiente, consciente de lo que es sustancial y accidental. Así se comprende a la Iglesia, reconociendo su realidad terrena y humana, pero también su fundamento divino y trascendental. Al mismo tiempo el hombre empieza a vivir la plenitud religiosa con una seguridad personal en su fe y en su cristianismo, participando de la Iglesia y sintiéndose miembro de ella, consciente de su vocación de cristiano dispuesto a irradiar sus vivencias.

Enfocando así nuestra educación no tenemos por qué temer una crisis religiosa en el educando. Está capacitado para superar cualquier problema religioso: se ha encontrado a sí mismo situado en la creación y ha vivido existencialmente a Dios. Puede sufrir una crisis religiosa en su vida profesional o de amor, pero no una crisis de Dios. Su problema sería una fase de purificación y de progreso en el conocimiento de Aquel que desea porque ya le conoce.

Este es el problema de Dios en la educación. Dios, cada vez más presente en cada hombre por la perfección humano-divina alcanzada y más actuante en el perfeccionamiento de cada uno y del mundo.

BIBLIOGRAFIA

H. W. BYRNE, A Christian Approach to Education, Zondervan Publishing House, Michigan.

P. TEILHARD DE CHARDIN, The future of man, Harper and Row Publishers, New York.

JOSE MARIA SETIEN, Autoridad paterna y educación, Lumen, Vitoria, enero-febrero 1963, pp. 20-41.

MANUEL GARCIA MARTINEZ, S. J., Pedagogía de la represión, efectos psicológicos-morales — Proyección, abril 1960, pp. 111-117.

JESUS G. TORRALBA, S. J., Adolescencia: conversión nueva, Proyección, Granada, abril 1964, pp. 122-127.

JOSE MARIA SETIEN, Crecimientos en la fe: elementos teológicos de una pedagogía cristiana y católica, Lumen, Vitoria, marzo-abril 1961, páginas 133-156.